

billado por las balas y en el cuello de la víctima la huella amoratada de una cuerda.

Un oscuro tribunal, reunido de noche bajo las bóvedas de un templo, decretó la muerte del reformador. Las bandas de Márquez y de Zuloaga que mantenían en las montañas los horrores de la guerra civil, esperando el día en que la traición arrojase á nuestras playas ejércitos extranjeros, cuyo auxilio entonces se mendigaba en Europa, fueron los verdugos nombrados para consumir el frío y largo tiempo meditado crimen.

La vida agitada del filósofo que durante algunos años le había tenido separado de sus negocios, sus gastos precisos y sus constantes obsequios á los pobres, como sus continuadas donaciones á la instrucción pública, todo había disminuido sensiblemente su capital, y realizadas ya sus aspiraciones políticas, pensó en consagrarse de nuevo al trabajo del campo y en restablecer su fortuna para formar el porvenir material de sus hijos.

Otra vez las fértiles campiñas de Pomoca se sintieron fecundar ante la mirada de aquel gé-  
nio, que así sabía conducir el arado por las sementeras, como roturar una tierra virgen, en el

campo de la política para que brotasen ideas generadoras.

Léjos del bullicio del mundo, Ocampo se formaba una vida aparte, con sus libros, con las flores de su jardín, con los árboles de su parque, con las llanuras de sus trigales, sobre los cuales una brisa perfumada hacía undular olas caprichosas y juguetonas. Un cielo sin nubes dejaba entrever horas de felicidad y de calma.

Pero las horas de felicidad y de calma pasan fugitivas por el cielo de nuestra vida como brillantes meteoros que apenas nos dejan vislumbrar su huella luminosa.

Una mañana; eran los últimos días de Mayo de 1861, la hacienda de Pomoca se vió rodeada de soldados: un oficial español, seguido de un pelotón de ellos, se introdujo á la sala y se apoderó de don Eutimio López, creyendo apoderarse del dueño de la finca. La tropa iba ya á retirarse, conduciendo á su prisionero, cuando salió Ocampo que se hallaba en las piezas interiores y había sabido la presencia de los reaccionarios y la prisión de su amigo, cuyo silencio tenía por objeto salvar al filósofo, persuadido de que su muerte estaba decretada.

—¿Á quién buscan ustedes? preguntó don Melchor lleno de tranquilidad.

—A Ocampo, respondió Lindoro Cajigas, comandante de la fuerza.

—Yo soy Ocampo, llévenme ustedes y dejen libre al señor, que está aquí de visita.

Cajigas ha de haber agradecido, no comprendiéndolo, este acto de heroísmo y de honradez; y sin permitir que su víctima tomase algunas monedas, un abrigo, ni siquiera su sombrero, dió la orden de marcha.

En la noche llegó la fuerza aprehensora á Maravatío. Aquel pueblo que siempre se ha hecho notar por sus simpatías al partido conservador, pero que amaba á Ocampo y respetaba sus virtudes, triste y lloroso no omitió ofrecimiento ni sacrificio alguno para libertar ó para consolar al ménos al ilustre prisionero.—El señor don Antonio Balbuena, arrostrando los ultrajes de la soldadesca, intentó dar á Ocampo los recursos que necesitaba, lo que no le fué concedido.—Los jóvenes Urquiza proyectaron horadar la prision y sacarlo en el silencio de la noche; pero desistieron de su intento, porque el preso tenia dos centinelas de vista

con la orden terminante de matarlo, ai menor movimiento que sintiesen. La ejecucion del crimen y los medios de consumarlo estaban maduramente previstos y asegurados.

Al dia siguiente, la tropa emprendió su camino para Tepeji del Rio. Los vecinos de Maravatío pensaron armarse y arrebatár al señor Ocampo de las manos de sus verdugos; pero los retrajo el temor de comprometerlo mas bien que salvarlo.

Ocampo llegó á Tepeji el dia 3 de Junio, fué presentado á Márquez y desde luego comprendió que su muerte estaba decidida. Se le preguntó si queria un confesor, y como lo rehusase, fué conducido á su prision y rodeado de centinelas.

Durmió tranquilamente algunas horas, habiendo sido preciso despertarle cuando llegó el momento fatal.

—¿Ya es hora? preguntó sin que en su fisonomía se notase la menor alteracion. Se arregló su abundante cabello y pidió recado de escribir.

Los soldados estaban admirados de tanto valor. Jamás habian visto serenidad como la de aquel hombre.

Escribió su testamento que publicamos despues

de este bosquejo, y con paso firme se dirigió al lugar de la ejecución: allí pidió de nuevo la pluma y el tintero, y sobre el tronco del árbol en que fué colgado después de su muerte, escribió su último pensamiento, al calce de la memoria testamentaria. Es el legado de su biblioteca al colegio de San Nicolás.

Después apoyó sus manos en el tronco de aquel árbol, reclinó sobre ellas su cabeza y oró algunos minutos.....

Una descarga de fusilería segó su vida tan fecunda en bienes para la patria.

---

Así murió Ocampo que “hizo por la felicidad de su país cuanto en conciencia creyó que era bueno.”

¿Cómo sabreis pagar vosotros, jóvenes alumnos del colegio que él tanto amó, vuestra deuda de gratitud á su memoria?—Imitando sus virtudes, conservando siempre su recuerdo.

\*  
\*

La noticia del horrible asesinato circuló rápidamente en la república.

Las personas sensatas de todos los partidos vieron en ese hecho el resultado de una negra venganza, ejercida por la facción clerical contra un hombre pacífico, enemigo del derramamiento de sangre; pero sobre quien pesaban el odio de las preocupaciones y el furor de la intolerancia religiosa.

Cuando se supo en la capital el infausto suceso, la sociedad entera se sintió sobrecojida de horror contra los asesinos y el nombre de Ocampo se transmitía de boca en boca, en medio de un silencio profundo, como el de un mártir bendecido.

Nadie podrá describir la indignación que la noticia produjo en el ánimo de los diputados. La colera estalló en todos los bancos del congreso y no se oían mas que gritos de venganza. Se votó en el acto una ley que señalaba precio á las cabezas de Márquez, Zuloaga, Mejía y Cobos, se espidió un apasionado decreto contra los plagiarios, en cuyo número fueron comprendidos los ejecutores del crimen de Tepeji del Rio y se aprobaron otras disposiciones que tendían á poner fuera de la ley á los asesinos. El ilustre ciudadano Santos Dégollado, preso entonces á disposición del gran jurado, se presentó á la Cámara y hondamente conmovido

pidió y obtuvo el permiso de ir á batir á los verdugos, “para vengar la muerte de su hermano.”

Pocos dias despues el mismo Degollado caia en manos de los reaccionarios y era horrorosamente mutilado.

El cadáver de Ocampo fué conducido á México, depositado primero en el hospital de Terceros y puesto luego á la espectacion del público en el Palacio Municipal: allí se hizo la autopsia y se separó el corazón para enviarlo á su familia. Personas veraces que han visto despues el corazón aseguran que se le notan dos pequeñas cicatrices, tal vez de las heridas que recibió Ocampo al ser confundido con el señor Martinez Caro.

En la tarde del dia 6 de Junio, una inmensa comitiva, formada del presidente, de los diputados que habian cerrado ese dia sus sesiones, de los ministros, el ayuntamiento, los colegios, los empleados y un considerable número de personas de todas clases, acompañó al cadáver, á pesar de una fuerte lluvia, á su última morada. La procesion fúnebre desfiló por las calles de Plateros, San Francisco, Santa Isábel y la Mariscala, hasta San Fernando. Los restos del señor Ocampo están depo-

sitados frente al sepulcro que guarda los de don Miguel Lerdo de Tejada.

---

¿Para qué decir el duelo de Michoacan, al saberse aquí que el padre de la juventud, que el filósofo, que el benefactor habia dejado de existir?

En todos los pueblos se hicieron honras fúnebres á su memoria,—Gabino Ortiz produjo, en las que se verificaron en esta capital, la magnífica y sentida elejía que todos conocemos; la legislatura decretó el 17 de ese mes que el Estado llevase el nombre de Ocampo y que fuese dia de luto el 3 de Junio, conmemorándose cada año el dia aciago que nos arrebató al mas ilustre de los michoacanos.

*Eduardo Pouiz.*

MORELIA, JUNIO 3 DE 1875.

## PENSAMIENTOS DE OCAMPO.

---

La publicidad es la mejor de las garantías en los gobiernos. Si cada hombre público diese cuenta de sus actos, la opinion no se estraviaria tan fácilmente sobre los hombres y sobre las cosas.

---

Mi carácter es tal, que prefiero quebrarme á doblarme.

---

Recordad que si todas las virtudes son útiles en su caso, la beneficencia lo es en todos; que ella nos vivifica y es la que nos asemeja á la Divinidad.

---

Hay quien cuestione si la independenciam de México fué un beneficio para nosotros. Decidle que no, si es de los que apetecen un amo, porque estos lo necesitan: no se sienten capaces de obrar por sí, se reconocen pupilos, confiesan que aún no son hombres. Hacedlos depender del Rey su amo.

---

Se necesita un fondo generoso, una gran veneracion por la justicia y cierta abnegacion para reconocer todos los beneficios y confesarlos en oda su magnitud.

---

¿Quereis ser independientes? Aprended, trabajad, economizad.  
¿Quereis que México lo siga siendo? ¡Unios!